suerte. En la niñez, casi instantáneamente se desarrolla una serie completa de actos. Impresión, deseo, acto: tres hechos que no están separados por intervalo alguno apreciable; pueden considerarse como una verdadera detonación; el martinete cae, la pólvora se inflama, el proyectil parte. A medida que el hombre envejece y se calma, razona y prevé, el acto es más y más tardío; entre él y el deseo se cruza un intervalo, ocupado por el razonamiento, por la voluntad deliberada. Hay lucha, hay esfuerzo equilibrando el deseo primitivo; la pólvora arde mal; el proyectil no parte ya.

Si bien es cierto que esta tranquilidad no se obtiene más que á expensas de la fuerza, de la energía, debe, sin embargo, ser considerada como el termómetro del desarrollo intelectual. El hombre, primeramente pura máquina, animal, se convierte en más y más dueño de sí mismo, en señor de los otros, y hasta parece acercarse á aquel divino estado que no ha de alcanzar nunca; el de la libertad absoluta. En otros términos, cuanto más inteligente llega á ser el hombre, más prevé, tantos más *móviles tiene*, tanta más conciencia de las múltiples incitaciones que le solicitan, y, por consiguiente, tanto más delibera, acabando, no obstante, por ceder al móvil dominante, de cualquier orden que sea. Este es, sin embargo, más ó menos noble, según el grado de desarrollo del individuo ó de la raza. Así, en el hombre bien constituído, completamente desarrollado, el móvil moral ó intelectual subyuga generalmente á los demás sin que por esto sea más libre que aquellos.

LEYES

1.º El deseo es tanto más ardiente cuanto más viva es la impresionabilidad.

2.º La voluntad es proporcional á la rectitud de la razón, y está en relación inversa de la impresionabilidad.

CAPITULO III

LA EMOCIÓN

I

Si tuviéramos la dicha de ser poetas, ¡qué conmovedores versos haríamos sobre la emoción! Arrebataríamos á nuestros lectores y por consiguiente acabarían por convencerse. Cuando se trata de obrar sobre los hombres, ¡cuánta más fuerza tiene la emoción que un frío razonamiento! Ved una convicción, inquebrantable en apariencia; mejor aun, una pasión egoísta como lo son todas. Sitiadla con todas las máquinas de guerra de la lógica; fracaso completo: la fortaleza es inexpugnable. Pero sed lo suficientemente dichosos ó lo bastante hábiles para provocar una emoción y os apoderáis por asalto de la plaza.

Desde el punto de vista fríamente psicológico, la poderosa fiebre de la emoción puede definirse una impresión moral viva con un numeroso acompañamiento de fenómenos psíquicos y físicos.

Tomemos un ejemplo poético apropiado al objeto. Asistimos á la representación por excelentes actores de un drama conmovedor, por ejemplo, el admirable *Otello* de Shakespeare. Cada vez más cautivados por el interés siempre creciente de la acción, vemos al terrible moro próximo á ahogar á Desdémona. Por una sucesión de operaciones cerebrales, tan rápidas que apenas tenemos conciencia de ellas, la idea de esta joven, bella é inocente, que va á morir asesinada, remueve todas las fibras de nuestro cerebro. Sin embargo, no somos el juguete de una ilusión completa; pero la idea de esta horrible situación, de su posibilidad, basta para desper-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

tar en nosotros una viva impresión de dolor moral. ¿Por qué? Es que llevamos en nosotros mismos el germen de las pasiones, de las cuales el poeta nos ofrece el simulacro. Quizás hayamos sentido el aguijón de los celos.

Nos identificamos con el personaje ficticio de Otelo, y encarnándonos en este tipo apasionado, nos vemos nosotros mismos ahogando á un ser adorado. Sentimos con anticipación las torturas del remordimiento que seguirá á esta execrable acción, y si ignoramos el desenlace del drama, deseamos que un obstáculo detenga el brazo del matador; todo esto sufriendo una impresión de pena.

Pero la escena cambia, la muerte se ha consumado: nuestra emoción cambia también. Nada de deseo ya, el mal es irremediable. Nos queda únicamente una impresión de dolor, tan vivo, que nos arranca lágrimas; en tanto que nuestra imaginación, nuestra memoria, nos renueva las peripecias de la horrible tragedia á la que acabamos de asistir.

La simple lectura de *Otello* podrá producir en nosotros una emoción semejante; más viva quizá, si nuestra imaginación es poderosa; puesto que entonces nosotros mismos nos encargamos de arreglar las circunstancias y los personajes del drama de la manera más á propósito para conmovernos.

Numerosas como las estrellas del cielo son las emociones que pueden agitar el corazón humano. ¿Qué es la vergüenza? Una impresión de dolor moral producida y alimentada por el recuerdo de una acción, de un hecho, que encierra en sí, según nuestra opinión, una idea de inferioridad, de demérito.

La piedad no es asimismo más que una impresión penosa causada por la vista de una desgracia agena, con referencia á nosotros mismos, pues quizá nos aguardan sufrimientos parecidos, y deseamos aliviar á aquel que los sufre.

¿Es acaso el entusiasmo algo más que un deseo originado por una viva impresión moral? La patria está invadida, amenazada, humillada; impresión de dolor engendrando luego el deseo ardiente de libertarla, de vengarla; deseo tan fuerte que nos da una conciencia exagerada de nuestro poder y nos lleva á desafiar todos

los obstáculos. La cólera, el miedo, etc., se analizan asimismo fácilmente.

Por tanto, la disección psicológica de la emoción nos enseña primero una *impresión moral fuerte*, que es su base, y después una serie de hechos psíquicos, es decir, cerebrales, que son del dominio de la *memoria*, de la *imaginación* y, sobre todo, del *deseo*. Todos estos elementos los hallaremos de nuevo en la propiamente llamada pasión; porque en realidad la emoción no es más que una pasión de duración más corta.

II

La mayor parte de emociones fuertes, piedad, miedo, entusiasmo, etc., son fácilmente contagiosas. De la organización cerebral más ó menos perfecta en cada uno, pero análoga en todos, resulta un fondo psíquico común en los diversos miembros de la familia humana, blancos y negros, amarillos ó rojos. Facultades, necesidades físicas y morales, deseos, todo esto se parece esencialmente, si bien con algunas diferencias en su energía. Siempre que la impresionabilidad, la más fundamental de nuestras propiedades cerebrales, es puesta en juego con bastante fuerza en una de las personas que están en nuestra compañía para que pueda producirse una emoción con su correspondiente acompañamiento de signos físicos, su sola vista basta para producir en nosotros un estado cerebral análogo. Del mismo modo que una cuerda vibrando determina la vibración de la cuerda inmediata al dar la misma nota, así nosotros enrojecemos con la vergüenza de nuestros semejantes, sufrimos con su dolor, nos exaltamos con su entusiasmo.

Esta es, exactamente, la manera con que se propagan un gran número de enfermedades nerviosas; histerismo, corea, catalepsia, éxtasis, epilepsia, manías, monomanías. Recomendamos al lector curioso la lectura de un folleto publicado por el doctor Constans, acerca de una epidemia de histero-demonopatía en Morzines, Saboya. Esta monografía, muy científicamente escrita, señala todos los detalles del contagio y da á compren-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

der perfectamente los hechos observados ya en Loudun ya en muchos otros puntos.

En los anales de las ciencias médicas se registran numerosos hechos análogos, por ejemplo, casos de aborto provocados en comadronas por el espectáculo de un parto; hecho observado asimismo en los animales, pues un gran número de emociones son idénticamente las mismas en el hombre que en el animal superior. Sigue siendo la historia de las cuerdas vibrando por afinidad; algo análogo á las ganas de bostezar que excita en nosotros la vista de una persona que bosteza; á las náuseas que produce la vista de una indigestión.

III

Intimamente unidas á la vida orgánica, las emociones, estas profundas modificaciones cerebrales, reaccionan enérgicamente sobre las funciones todas.

Cualquiera conoce los principales signos físicos de las emociones fuertes. Redúcense fisiológicamente á una perturbación en las relaciones existentes entre los centros nerviosos, donde radica la emoción moral, y los nervios periféricos.

A consecuencia de esta emoción, ó bien una excitabilidad anormal es trasmitida á la red nerviosa, de lo que resultan diversas contracciones musculares, por ejemplo, latidos violentos de corazón ó perturbaciones en diversas secreciones que se aumentan; ó bien la emoción da por resultado fisiológico la suspensión más ó menos completa de las relaciones entre el sistema nervioso periférico y los centros nerviosos, lo que equivale á una sección de las ramas nerviosas y produce perturbaciones análogas á las que estudia el fisiólogo vivisector. «Supongamos, dice el doctor Sée, que el encéfalo esté fatigado por el trabajo intelectual, por preocupaciones incesantes, por pasiones... (añadamos emociones); supongamos que la innervación de la médula se gaste por el abuso sexual; en estos casos los centros cerebro-raquidianos se aniquilan en su acción hasta el punto de sufrir una especie de parálisis; *encontrándose, por decirlo así, separados de los nervios periféricos*, que desde entonces quedan privados de sus

focos de nutrición; estos nervios así aislados de sus originarios se degradan, sino en su textura, á lo menos en sus funciones. Si esta degradación llega á alcanzar los nervios simpáticos y pneumogástricos, todas las grandes funciones de la vida se modifican: el corazón y los pulmones cesan de obrar según el ritmo normal; la circulación experimenta detención en las glándulas vasculares y la formación de los glóbulos se convierte en defectuosa, etc.»

Los signos físicos groseramente aparentes de las emociones fuertes se desarollan por lo general en el orden siguiente:

El cerebro conmovido por una violenta sacudida moral, vive exclusivamente para ella. Hay una concentración de actividad nerviosa en un punto dado, que origina la interrupción más ó menos completa de relaciones entre los centros nerviosos y los demás órganos. Los músculos voluntarios, olvidados por el eje céfalo-raquídeo, son debilitados; algunas veces completamente atacados de impotencia. Las piernas se doblan; un atleta es en este caso más débil que un niño; los órganos de los sentidos especiales se convierten en poco menos que inútiles, la oreja deja de oir, los ojos de ver, etc.; se puede sufrir una herida grave sin sentir casi nada.

Las funciones orgánicas no escapan á la perturbación general. El corazón, cuyo aparato nervioso es mixto, mitad voluntario y mitad orgánico, con las fibras musculares estriadas, es el primero en sentir sus efectos. Algunas veces sus latidos se precipitan por un instante, pero bien pronto disminuyen y aun se suspenden, lo que produce la palidez de la cara y en ciertos casos el síncope. La respiración participa naturalmente de la suerte de la circulación; las secreciones se verifican sin orden; el trabajo de la digestión cesa. Como los demás músculos, el esfínter paralizado se relaja y hasta pierde su tonicidad.

Naturalente, las funciones intelectuales quedan poco menos que suspendidas, sobrevenga ó no el síncope. No es posible que se fijen en otra cosa que no sea la impresión moral dominante. Pero este período de depresión es sumamente corto; el raudal de la vida mo-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

mentáneamente suspendido ó debilitado, se precipita de nuevo con violencia, y se produce una enérgica reacción.

A la concentración de la actividad nerviosa sucede una larga expansión. El sistema muscular adquiere nuevamente su actividad y hasta algunas veces una fuerza espantosa. Los tejidos se despiertan; pero la atención, siempre absorbida por una idea fija, no le permite al ser agitado, percibir otra cosa que lo que se refiere á la emoción; además, las facultades intelectuales no pueden funcionar enérgicamente más que en el sentido de la impresión moral, por cuya causa todavía, se es sensible al dolor *sensitivo*.

Los latidos del corazón, de débiles que eran, se conconvierten en violentos, rápidos, tumultuosos. El cerebro se congestiona, la cara se abulta, la respiración es rápida, jadeante. Las secreciones se verifican con una actividad anormal; las lágrimas caen á menudo con abundancia, un torrente biliar se esparce por el intestino. Todo el aparato glandular gastro-intestinal está afectado probablemente, puesto que á menudo sobrevienen vómitos, etc. En las mujeres que están criando, la secreción láctea que la emoción empieza generalmente por suspender, no siempre se restablece. Algunas veces los riñones segregan ó más bien excretan una enorme cantidad de orina acuosa, incolora. Si la bilis segregada es tan abundnte que no pueda ser rápidamente expulsada, es reabsorbida y sobreviene la ictericia. Generalmente hay sudor abundante.

¿Qué debemos pensar de las cualidades venenosas especiales de que la emoción dotará algunas veces á ciertos humores? Está fuera de duda que después de una emoción fuerte la leche de las mujeres se convierte á menudo en impropia para la alimentación de los niños. Se ha dicho, en vista de algunos hechos observados, que la mordedura de un hombre encolerizado imprimía á la herida una gravedad especial. Ha habido casos en que la rabia ha sido comunicada á un hombre por la mordedura de un perro no rabioso y sí tan solamente furioso (discusión de la rabia, Academia de medicina, 1863). Se admite como cosa demostrada que el veneno de la víbora es mucho más peligroso cuando el

animal está irritado. ¿Viciará la emoción es este caso el humor segregado, ó exagerará sus principios activos? Para responder á esta cuestión es necesario esperar que el químico ó el micrógrafo hayan podido determinar los caracteres del virus, del cual hasta hoy no conocemos más que la acción patológica.

Sea lo que se quiera, al cabo de cierto tiempo, generalmente bastante corto, la excitación orgánica desordenada producida por la emoción, decae, viniendo tras ella la fatiga, el rendimiento que sigue á toda disipación.

Todo termina aquí para los organismos jóvenes y vigorosos; pero en los débiles, enfermos ó envejecidos, las consecuencias de una emoción fuerte son á menudo terribles. Los órganos primitivamente enfermos soportan mucho peor su parte de desorden general, quedando muchas veces inflamados, congestionados, etc.

Si el período depresivo es muy violento, puede llegar á producir la muerte suspendiendo la acción nerviosa central, probablemente por cesar los latidos del corazón.

En ciertas organizaciones, la reacción puede ocasionar una apoplegía, la ruptura por aneurisma, un acceso de gota, de fiebre, de diversas neurosis, etc.

Naturalmente, las consecuencias patológicas de la emoción son diversas según los temperamentos; atacan con preferencia el cerebro, los órganos de la circulación y de la respiración en el sanguíneo; el sistema hepático del bilioso y las funciones nervo-dinámicas del nervioso.

El período de reacción es asimismo variable según las organizaciones: es más rápido, más violento, más explosivo en el sanguíneo y el nervioso que en el bilioso; mucho más raro y sumamente débil en el linfático.

Acabamos de indicar, aunque muy imperfectamente, los principales efectos producidos por las impresiones morales fuertes en el organismo. No ofrece menos interés el estudio inverso, puesto que todo estado orgánico engendra ó provoca una multitud de impresiones, de deseos y tendencias, que son otras tantas pruebas que establecen «la estrecha unión del cuerpo y el espíritu.» La

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

parálisis general produce la monomanía orgullosa, el delirio de las grandezas. El epiléptico experimenta á menudo, sin necesidad da otra causa, la emoción del miedo (Moreau, de Tours). Casi siempre las afecciones hepáticas van acompañadas de tristeza, de melancolía; sucediendo lo mismo con la mayor parte de afecciones gástricas. Ciertas congestiones de los órganos génito-urinarios provocan el nacimiento de deseos amorosos, etc.

¡Con qué docilidad el pretendido *yo* psíquico obedece á la tiránica influencia de las enfermedades, de ciertos medicamentos ó de la alimentación! ¡Cuánto difiere el hombre hambriento del que ha comido suculentamente! Algunos gramos de café nos producen, estimulando el movimiento vital, un sentimiento de bienestar, nos dan una opinión exagerada de nuestras fuerzas. Nuestro pobre cerebro engendra súbitamente y como por encanto una numerosa multitud de deseos. El opio nos transporta á un paraíso formado según nuestros gustos; las tristes soláneas nos aterran con sus lúgubres visiones. Una congestión cerebral embota por algún tiempo algunas veces aniquila para siempre, el más vasto y potente genio. Expliquen los metafísicos, si pueden, esta escandalosa unión de las substancias material é inmaterial. A nuestro modo de ver, hay en ella un humillante consorcio, un vil maridaje.

LIBRO TERCERO

DE LAS PASIONES PROPIAMENTE DICHAS

CAPITULO PRIMERO

DEFINICIÓN DE LA PASIÓN

> Un pensamiento duro, tiránico,
> que domina todos los demás.
> (*T. Hood*)

I

Según una observación formulada por M. Renán en su obra sobre el origen del lenguaje, el hombre, en todas sus investigaciones, en todas sus creaciones, empieza siempre por el punto de vista general, intuitivo, de una idea ó hecho; después, más lentamente, pasa al análisis, el cual no es más que un perfeccionamiento: los detalles de un paisaje visto desde lejos escapan ó se confunden generalmente; es necesario, para observarlos bien, acercarse, recorrerlo detenidamente, pero entonces se pierde muy á menudo de vista el conjunto.

Conformémonos á esta observación, que parece sumamente exacta, y abordemos la definición de la pasión.

Sería cosa de nunca acabar si emprendiéramos la tarea de reproducir todas las definiciones que filósofos, teólogos, moralistas y médicos han formulado acerca de la pasión. Entre las más razonables, que son en muy

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.